



Mapa del extremo: los lugares del planeta donde el clima bate récords cada año

Posted on Octubre 2, 2026

Hay un rincón de Etiopía donde el suelo parece respirar azufre y la temperatura media ronda algo que a cualquiera le derretiría las suelas de las botas. Y a apenas unos miles de kilómetros, en la Antártida, existe un lugar donde el aire es tan frío y seco que los científicos lo comparan con la superficie de Marte. Entre ambos extremos cabe casi toda la experiencia humana del clima: desde el calor que agrieta el barro hasta el frío que congela el aliento antes de que llegue a salir de la boca. Estos lugares extremos del planeta no son anomalías aisladas, sino los laboratorios naturales donde la Tierra parece empeñada en demostrar de qué es capaz. Viajemos, sin salir del mapa, hasta esas esquinas donde el termómetro se vuelve protagonista cada año.

El lugar más caliente jamás medido: el infierno del Valle de la Muerte

Hay un rincón de California que parece diseñado por la naturaleza para poner a prueba los límites de lo soportable. Se llama, sin ninguna sutileza, Valle de la Muerte, y en su corazón, cerca de un lugar con el

nombre irónicamente refrescante de Furnace Creek («arroyo del horno»), se registró la temperatura más alta jamás medida en la superficie terrestre con instrumentos fiables: rozando los 57 °C a la sombra.

¿Qué convierte esta cuenca en una auténtica trampa térmica? La respuesta está en su geografía. El valle es una depresión alargada y estrecha, situada muy por debajo del nivel del mar, y flanqueada por cadenas montañosas abruptas a ambos lados. Ese diseño natural funciona casi como un horno de convección: el aire caliente que se eleva desde el suelo rocoso y oscuro queda atrapado entre las paredes rocosas, se comprime, se recalienta y vuelve a descender, en un ciclo que multiplica el efecto del sol implacable del desierto.

Además, la sequedad extrema del aire impide que la humedad amortigüe el calor, como sí ocurre en climas húmedos. El resultado es un paisaje que parece vibrar bajo el sol, donde caminar al mediodía se convierte en un ejercicio de auténtica supervivencia.

El punto más frío habitado: la vida a -60 grados en Oymyakon

En el corazón de Siberia, en la república rusa de Sajá, se esconde un pueblo que desafía toda lógica de habitabilidad. Oymyakon, con apenas un puñado de cientos de vecinos, se disputa con su vecina Verjovansk el título del asentamiento permanente más frío de la Tierra. Aquí los inviernos son tan brutales que los termómetros pueden desplomarse hasta los -60 °C, y el propio nombre del lugar, en lengua evenki, significa algo así como «agua que no se congela», en referencia a un manantial cercano que resiste incluso ese frío homicida.

La vida cotidiana se reinventa por completo. Los coches no se apagan nunca durante meses: si el motor se enfría, el aceite se solidifica y arrancarlo de nuevo puede ser imposible. Los teléfonos móviles mueren en minutos al aire libre, las gafas se congelan sobre la nariz y hasta las pestañas se cubren de escarcha en pocos segundos. Cultivar alimentos es una quimera, así que la dieta gira en torno a la carne de reno y de caballo, y al pescado congelado, que se corta con hacha como si fuera madera. Enterrar a los difuntos exige antes encender hogueras durante horas para ablandar un suelo convertido en roca. Pese a todo, generaciones enteras han hecho de este extremo su hogar.

El rincón más lluvioso y el más seco del mundo,

cara a cara

Si el agua tuviera un hogar favorito en la Tierra, probablemente elegiría Mawsynram, un pequeño pueblo encaramado en las colinas de Meghalaya, en el noreste de India. Allí, los vientos monzónicos cargados de humedad del golfo de Bengala chocan de frente contra la muralla del Himalaya y se ven obligados a ascender bruscamente, descargando cantidades de lluvia casi inimaginables. Lluve tanto y con tal insistencia que los habitantes locales han aprendido a tejer paraguas con bambú y hojas de palma que se llevan puestos como una segunda piel, porque un paraguas normal no sobreviviría ni una temporada.

En las antípodas climáticas del planeta, literalmente al otro lado del ecuador, se encuentra Arica, en el extremo norte de Chile. Esta ciudad costera vive bajo la sombra de una combinación implacable: la fría corriente de Humboldt frente a sus costas y la barrera de los Andes a su espalda, que juntas bloquean casi cualquier posibilidad de precipitación. Aquí no se habla de «años secos», sino de auténticas décadas sin que una sola gota toque el suelo, algo que convierte a esta franja en una prolongación natural del desierto de Atacama, el más árido del mundo fuera de los polos.

Dos paisajes hermanados por el extremo: uno ahogado en agua, el otro completamente sediento de ella.

¿Por qué siempre son los mismos lugares los que rompen récords?

No es casualidad que el termómetro y el pluviómetro señalen una y otra vez a los mismos puntos del mapa. Detrás de cada récord climático hay una receta geográfica muy concreta, una especie de conspiración entre el relieve, el aire y el mar.

La altitud es uno de los ingredientes clave: cuanto más alto, más frío, porque el aire se enrarece y retiene peor el calor. Por eso las grandes cordilleras acumulan hielo incluso cerca del ecuador. Pero el relieve también actúa al revés: las cuencas y depresiones rodeadas de montañas atrapan el aire caliente como si fueran un cazo, impidiendo que se ventile y disparando las temperaturas.

Las corrientes oceánicas ponen la otra mitad de la ecuación. Una corriente fría que roza la costa puede secar el aire y dejar tras de sí desiertos larguísimos, mientras que una corriente cálida cargada de humedad, al chocar contra una cadena montañosa, se ve obligada a ascender, enfriarse y descargar lluvias torrenciales sobre una sola ladera.

Cuando estos tres factores —altura, corrientes y montañas— se alinean en un mismo punto, el resultado

es un extremo que se repite temporada tras temporada, casi con la puntualidad de un reloj.

Donde la Tierra pone a prueba sus límites

Más allá de las cifras récord y de los mapas meteorológicos, estos lugares cuentan una historia aún más interesante: la de la capacidad de adaptación de la vida. En escenarios donde el calor parece insoportable o el frío resulta casi inimaginable, siempre surge alguna forma de resistencia. Puede ser una planta diminuta, un microorganismo o un animal especializado, pero todos comparten la misma lección: la naturaleza encuentra caminos donde parece imposible hacerlo.

Estos territorios funcionan como auténticos laboratorios naturales que ayudan a comprender mejor cómo funciona nuestro planeta y hasta dónde pueden llegar sus extremos. Pensar en ellos ofrece una perspectiva diferente sobre nuestro propio clima cotidiano.

La próxima vez que una jornada de verano parezca sofocante o una mañana invernal especialmente dura, bastará recordar lugares como el Valle de la Muerte o la estación antártica de Vostok. En algún rincón remoto del mundo, la vida continúa desarrollándose al borde de lo posible, recordándonos lo extraordinaria que puede llegar a ser la Tierra.

El Maipo/Ambientum